

Introducción

No podemos presentar este monográfico, “Islam político en el Mediterráneo”, sin hacer referencia a los acontecimientos que están ocurriendo en los países árabes desde el pasado mes de diciembre de 2010. Después de movilizaciones ciudadanas masivas y pacíficas sin precedentes, con la población joven y las redes sociales como protagonistas, Túnez y Egipto están empezando sendas transiciones hacia la democracia; Argelia, Libia, Marruecos, Bahrein, Yemen, entre otros, también están experimentando movilizaciones. La ola democratizadora ha llegado al mundo árabe e islámico (si añadimos las manifestaciones en Irán) y, aunque los cambios que la acompañen seguramente no responderán totalmente a las esperanzas de la población o serán reprimidos, nada será igual tras los “días de la ira”. Hasta este momento, el islamismo había ocupado un lugar central en el debate sobre las transformaciones en el mundo árabe, pero las recientes revueltas parecen desmentir la importancia que se le continuaba otorgando. En este sentido, los artículos recogidos en este número de la *Revista CIDOB d'afers internacionals* serán muy útiles para situar su objeto de estudio, esto es, el islam político en el contexto actual.

Hace poco más de un año, CIDOB publicó un libro sobre el poder y los regímenes en el mundo árabe¹, fruto de un proyecto de investigación en el que participaron veintiocho expertos españoles y extranjeros. A raíz de los acontecimientos actuales, se ha demostrado que una de las conclusiones del libro es errónea, ya que entonces decíamos que la población árabe parecía débil y desmovilizada; sin embargo, las otras conclusiones se han revelado acertadas. Tras el análisis de las elites y los regímenes árabes, en ese momento veíamos que si se producían cambios democráticos en el mundo árabe, no serían ni por presiones exteriores ni por la evolución interna de los mismos regímenes, sino precisamente por la movilización de la población. Además, comprobábamos que la oposición en la mayoría de países árabes era muy débil –evolucionando hacia el pragmatismo cooptado por los regímenes– o reformista, alejándose de la población; incluso los movimientos islamistas habían perdido fuerza y habían abandonado las reivindicaciones

1. Izquierdo Brichs, Ferran (ed.) *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Interrogar la actualidad. No. 26. Barcelona: CIDOB, 2009. De acceso abierto en: http://www.cidob.org/es/publicaciones/monografias/interrogar_la_actualidad.

revolucionarias. Asimismo, concluíamos que en los países productores de petróleo o gas, la resistencia de las elites al cambio sería mayor, puesto que en los estados rentistas la pérdida del Gobierno significa la pérdida del control de la renta y, por lo tanto, del poder. A diferencia de Túnez, Marruecos o Egipto, donde la pérdida del Gobierno implica el abandono de parte del poder por las elites del régimen pero manteniendo el control de otros recursos, en los países productores de petróleo o gas, estos recursos son el centro absoluto del poder. En este sentido, la represión de los movimientos populares que piden reformas democráticas en estos últimos países está siendo mucho más brutal, pues las elites del régimen (no sólo dirigentes visibles como fueron Ben Ali o Mubarak) tienen miedo de perder el poder si permiten elecciones democráticas y no las ganan.

La población árabe está, por lo tanto, huérfana de dirigentes y de grupos organizados de vanguardia, y se tiene que enfrentar a la represión de regímenes autoritarios y dictatoriales. Y aun así, por sorpresa del mundo entero y de los propios protagonistas, la población árabe está haciendo oír su voz, pidiendo mejores condiciones de vida y democracia. Aunque los cambios se limitan, a fecha de hoy (febrero de 2011), a Túnez y a Egipto, nada volverá a ser igual que antes de diciembre de 2010 en el mundo árabe. En primer lugar, porque la gente en las plazas y calles de las ciudades de estos países ha demostrado lo que muchos ya pensamos desde siempre: todas las personas, en cualquier parte del mundo, prefieren vivir en libertad. Los árabes también. Esta simple premisa ha sido negada, en muchas ocasiones, por *intelectuales* que hablan de la incompatibilidad de la civilización árabe o musulmana con la democracia. Esta línea de pensamiento, cercana al *orientalismo* denunciado por Edward Saïd, ya había quedado totalmente desacreditada por los trabajos científicos desde hacía mucho tiempo, pero ha continuado estando presente en el discurso de los dictadores árabes y de los gobiernos occidentales. Estos últimos, precisamente, utilizan como argumento central para desconfiar de la democratización árabe, la repetida amenaza del acceso al poder de los islamistas. Los dictadores árabes –pero también el Gobierno de Israel y sus defensores en Europa y Estados Unidos– continúan agitando este miedo. Tanto la ocupación y el *apartheid* contra los palestinos como las dictaduras sobreviven gracias a la represión permanente de la población, por lo que la democracia árabe no conviene ni a unos ni a otros. Sin embargo, la actitud de los gobiernos europeos, reticente, cuando no opuesta, a las revoluciones democráticas, es más difícil de entender.

Los gobiernos europeos, al igual que los analistas del mundo árabe, saben que los movimientos islamistas actuales están muy lejos de aquellos que aseguraban que el islam era la única solución para el desarrollo de sus países, y querían hacer la revolución para constituir el Estado islámico regido por la sharia. Como veremos en los artículos que siguen a continuación, el islam político actual ha evolucionado a posiciones mucho más moderadas. El modelo mayoritario de los islamistas ahora es el Partido de la Justicia y el Desarrollo turco (AKP). En la actualidad, los partidos islamistas ni tienen la fuerza de los años ochenta, ni reclaman las mismas cosas, ni siguen las mismas políticas. En estos momentos se asemejan más a

partidos de la derecha más conservadora, más parecidos a los partidos demócrata-cristianos europeos, que al Frente Islámico de Salvación (FIS), ganador de las elecciones argelinas en 1990. Son, además, defensores de las mismas políticas neoliberales que las elites occidentales. No hay, pues, ninguna razón para que los gobiernos europeos vean como una amenaza una posible victoria islamista en el caso de elecciones libres. Por ello, si no hay razón para que los gobiernos europeos estén asustados por el islamismo árabe, entonces nos debemos preguntar por las causas reales de su oposición a las revoluciones democráticas. Podemos encontrar varias razones conectadas entre sí. La primera es la desconfianza natural del poder a la movilización de la población cuando es capaz de exigir mejoras económicas, políticas y sociales en su condición de vida. Cuando la gente se convierte en actor, toma conciencia de sus necesidades y sale a la calle, y el poder que gana la población se resta al poder de las elites. Por esto, los gobernantes siempre presentan los momentos más democráticos, es decir, cuando mucha gente decide y actúa por su cuenta e incluso es capaz de hacer revoluciones, como momentos de caos y desorden. Así se ha visto en Túnez, en Egipto, en Libia, en Bahrein, en Yemen, en Argelia... , pero el caos y el desorden lo provocan la represión y los regímenes que se aferran al poder. Este miedo a la población movilizada es inherente a toda elite en el poder y, por lo tanto, también a los gobiernos europeos.

Una segunda razón de la actitud de Occidente la encontramos en Israel. La democratización del mundo árabe debilitará a los defensores del sistema colonial y de *apartheid* que han instaurado los distintos gobiernos israelíes. No porque un Egipto democrático vuelva a hacer la guerra, sino porque unos gobiernos árabes democráticos no podrán continuar colaborando con la ocupación como han estado haciendo hasta ahora. Además, cada vez es más difícil, por parte de estadounidenses y europeos, continuar apoyando a los gobiernos israelíes en su política de ocupación. Si los occidentales han tenido que aceptar las revoluciones democráticas árabes, también tendrán que aceptar el fin de la ocupación de los territorios palestinos. Una tercera razón es la *solidaridad* con los *amigos* con los que las elites políticas y económicas europeas han estado haciendo tratos y negocios. Los escándalos de los contactos de los políticos franceses con la corrupción tunecina y egipcia no son más que la punta de un iceberg de connivencias políticas y económicas, de las que ningún Gobierno se libra. Los equilibrios que hizo el Gobierno español durante la revolución egipcia o su apoyo a la monarquía marroquí, al régimen argelino y al colonialismo israelí, son muestras claras de ello. Y, como cuarta razón, encontramos los intereses económicos más directos. La posición de los países árabes en las relaciones de producción globales, en lo que Immanuel Wallerstein llamó el sistema-mundo, es claramente periférica. Y está claro que los intereses del capital global en su proceso de extracción de recursos de la región –tanto petróleo y gas como mano de obra barata– están mucho mejor defendidos por dictaduras que por democracias.

No es intención de este monográfico tratar todas estas cuestiones antes mencionadas, pero sí ofrecer distintas perspectivas para comprender mejor la evolución del islam político

en el presente siglo. En el mundo árabe actual, el islam político se puede definir sobre todo por las posiciones de moderación (véanse, por ejemplo, los casos de los Hermanos Musulmanes en Egipto y Siria, de Nahdah en Túnez, o del PJD en Marruecos) y de adaptación a la modernidad (véanse los artículos sobre el movimiento Gülen y sobre el islamismo e internet en Marruecos). En los casos en los que no moderan el discurso, los grupos islamistas se quedan en una posición muy minoritaria, como Hizb ut Tahrir en el Líbano. Sólo en el contexto de un Estado fallido, como es el caso de Somalia, parece que la radicalidad islamista pueda continuar siendo fuerte. Los artículos que constituyen este monográfico fueron escritos antes de las movilizaciones democráticas (sólo en el caso de los artículos sobre Túnez y Egipto se han hecho pequeñas actualizaciones durante el mes de febrero). Sin embargo, aunque después de dos decenios de inmovilismo los acontecimientos en el mundo árabe parecen precipitarse, los análisis que nos ofrecen los autores son muy válidos no sólo para comprender lo que está sucediendo en estos momentos, sino también para ayudarnos a imaginar los derroteros que pueden seguir estas sociedades en el futuro próximo.

Barcelona, febrero de 2011

Ferran Izquierdo Brichs
Profesor de Relaciones Internacionales, Universitat Autònoma de Barcelona